

Ni un día más

Por Jaime Guzmán

Los más recientes datos acerca de los arsenales de armas clandestinas encontradas principalmente en la Tercera Región, han terminado por convencer sobre su veracidad y gravedad, aun hasta a los más escépticos.

La decisión gubernativa de informar oficialmente a los organismos internacionales, a través de nuestros embajadores en ellos, como asimismo la de solicitar a los gobiernos de Estados Unidos, Francia e Inglaterra el envío de expertos que examinen el armamento hallado para determinar su procedencia, revelan el propósito de actuar al respecto en la forma más seria y transparente.

Para apreciar los alcances de lo ocurrido, es necesario considerar que si bien resultaría absurdo sostener que todo el terrorismo mundial responde a un origen comunista, no cabe duda tampoco de que la abrumadora mayoría de las expresiones terroristas que hoy afligen a la Humanidad tienen ese signo.

Si uno analiza lo que demanda el entrenamiento de los grupos terroristas, el mantenimiento de su organización y el despliegue de sus acciones, necesariamente concluye que la magnitud que éstas han alcanzado en el mundo suponen un centro desde el cual se fomenta, planifica y financia el terrorismo a nivel internacional.

Tal deducción está ya hoy avalada por serios e insospechables estudios técnicos de expertos mundiales, que demuestran las estrechas conexiones de los principales grupos terroristas del mundo y la convergencia de su eje central en Moscú, el cual opera a través de Libia,



Cuba y otros países.

En América Latina, una mirada al mapa indica que él ha decidido centrar ahora su acción -avanzando ya a la fase de guerrilla- en toda la costa del Pacífico. Ello afecta -o busca afectar- por igual a gobiernos universalmente calificados de democráticos, como Colombia o Perú, y a regímenes militares como el chileno.

Lo anterior revela que la finalidad última del terrorismo en nuestra patria no apunta a desestabilizar al actual Gobierno, sino a destruir los valores esenciales de nuestra convivencia nacional.

Ciertamente, ello no debiera ser obstáculo para que el Gobierno vigorice el avance hacia la plenitud democrática, en los términos y plazos constitucionales, ya que lo contrario implicaría caer en la trampa hacia la cual el comunismo pretende arrastrarlo.

Pero ya es hora también de que hasta los más obstinados comprendan que la violencia es inherente y esencial a la doctrina marxista. Que los seguidores de ésta jamás renunciarán a ejercer la "vía violenta", salvo temporalmente y por meras razones tácticas. Que ello valida y exige excluirlos de nuestra vida cívica. Y que, más importante aún, lo expuesto hace urgente que todo auténtico demócrata los aisle. Los múltiples puentes y alianzas que la oposición democrática ha persistido en mantener con las expresiones políticas del terrorismo, representadas principalmente por el MDP y su nervio vital, el Partido Comunista, no pueden continuar ni un solo día más.